

## Un caballo en la cocina

—El caballo que tú ves es muy bonito —le dijo Salomé a Antonio, quien llevaba encerrado en su casa más de una semana, lanzaba gritos en ocasiones asomado a la ventana y los vecinos tenían miedo de su comportamiento, le decían loco.

—¿Tú lo ves? —preguntó Antonio a Salomé, abriendo mucho los ojos y apoyando la espalda en una de las paredes de la cocina. El caballo estaba atravesado dentro de la cocina, y la recorría con su enorme cuerpo inmóvil desde la puerta de entrada y le salía la gran cabeza al balcón, se le movían las crines blancas al viento cálido de agosto.

Salomé se cansó de las habladurías, en los últimos días, en Casas Blancas sólo se hablaba de Antonio, y de si podía llegar a ser peligroso, para sí mismo y para los demás. Ella tocó a su puerta y Antonio, dócilmente, con una sonrisa de amistad sincera, la dejó entrar, le invitó a un té. La hizo sentarse en el comedor, umbrío, las persianas estaban casi bajadas del todo, allí y en casi toda la casa; excepto en la cocina, donde reinaba una luz diáfana y casi sobrenatural. A la espera del té, como había confianza —Antonio y Salomé se conocían desde niños—, Salomé fue a la cocina, miró la tetera, echando un humo casi transparente, y a Antonio en mitad de la cocina, vestido con pijama, despeinado, desaseado, parecía venir, sobrevivido, de una catástrofe, Antonio se asustó al verla entrar: «Cuidado, Salo, con el caballo!», gritó.

Salomé se había apartado al lado contrario de la cocina, apoyó las manos en el mármol al lado de los fogones. Cuando la tetera pitó y echó mucho vapor, ella misma apagó el fuego.

Antonio permanecía apoyado entre la pared y la nevera.

—Lo veo —le dijo, Salomé—. Veo al caballo porque tú lo ves, y es muy bonito.

—¿A que sí? ¿A que lo es? —espetó, emocionado como un niño preocupado, por otro lado, como si le hubieran prometido la Luna y pudieran, a la vez, de un momento a

otro quitársela.

—Es... —Salomé hizo como que miraba la envergadura preciosa del equino, donde creía que debía estar, si estuviera...— verdaderamente maravilloso. Pero no es este su lugar, Antonio.

—¿Y cuál es ese, su lugar? —preguntó Antonio.

—Yo confío en ti. ¿Tú confías en mí?

—¡Claro! —le respondió, más relajado, Antonio, contento de hablar con alguien desde hace tantos días. Desde que murió su madre su enclaustramiento se había recrudecido.

—Pues entonces, escucha: este animal necesita volver al valle, a su casa. Yo sé dónde está su casa.

—¡Vayamos, pues! —espetó Antonio.

Se olvidaron del té, Salomé pidió a Antonio que se vistiese y asease, para devolver al caballo a su entorno. Pasearon por las calles del pueblo con el caballo estirado con una cuerda por Antonio, hasta que llegaron al Centro de Salud, entraron. «¿Lo ves, ves la hierba, por todo el suelo?», le preguntó Salomé a Antonio. Él dudó un tanto, pero al final, mirando mirando mucho al suelo dijo: «¡sí!, esto está todo lleno de hierba...»

—Pues lo soltamos —dijo Salomé, y Antonio soltó la cuerda—, y ahora vayamos a hablar con el dueño de este lugar, para contarle del caballo, él sabrá cómo hacer para que no vuelva a entrar por error en una cocina.

Y entraron al médico, y el médico trató a Antonio mientras el caballo salía a galope rápido del centro de salud, cubriendo de un salto la escalinata de salida, galopando por el pueblo y del pueblo al campo, grácil y aéreo como un ave, en un día de verano que, como debía ser siempre, se convirtió en tan hermoso, por la amistad.

Título obra: “Un caballo en la cocina”. Seudónimo: *amigo en lo oscuro*

